



El deseo

JOSÉ ANTONIO ARJO **Lectulandia**

JOSÉ ANTONIO ARJONILLA

El deseo

El deseo

Llegó como un fantasma en la oscuridad, se vestía de las sombras de la noche y el silencio le indicaba su camino.

Esta es la casa —el hombre la observó con detenimiento.

La gran mansión lucía imponente con sus ocho habitaciones en la segunda planta; de las cuales únicamente se dejaba ver una luz en cada esquina; mismas que permanecían apagadas de día y en la noche se prendían mediante un sistema automático que marcaba las horas en una computadora central, que ordenaba diversas funciones.

Como me gustaría no tener que allanarte esta noche. ¡Estás tan hermosa! —suspiró contemplando la mansión—. *Eres como una hermosa dama, que duerme inocente entre sus jardines decorados. Me encantaría que fueras mía para siempre, arrullándome en las noches como la madre que nunca tuve. Tus paredes —envueltas de lienzos firmes— serían tus brazos, y las telas de la cama —suaves como tus manos—, me acariciarían cada noche para perderme entre sueños* —pensó sin moverse del lugar; escondido tras unos arbustos, a unos treinta metros de un costado de la enorme casa.

Leo había hecho su investigación a conciencia. Él nunca escogía una casa cualquiera; la elegida tenía que tener algún encanto especial, y esta no era la excepción. La casa había sido construida a fines del siglo XIX por Johnny “Junior” Portter. Su construcción era firme, hecha a base de ladrillo rojo escarlata recocado hasta el grado de cerámica, lo cual daba un atractivo visual difícil de evitar. Los marcos de las ventanas y las puertas le daban un toque clásico y elegante; de corte rectangular y con copete triangular, su constitución era de madera firme con terminados en laca blanca. El techo de dos aguas estaba adornado con teja recta azul gris oscuro, lo que le daba un toque final de elegancia en sus colores. La mansión estaba aislada de todo, la rodeaba un gran número de secuoyas rojas, tan altas y frondosas que, a no ser por helicóptero, no era posible ver el lugar. “Junior” quien ordenara la construcción de la mansión en 1896 moriría cuatro años más tarde en un trágico accidente en un intento de escalar los Alpes franceses.

El padre de “Junior,” “Míster Sequoia,” fue un horticultor que viajó por todo el mundo en la búsqueda de nuevas familias de árboles; cerca del final de sus días, en 1849, viajó a California —justo en la época de la fiebre del oro— en la búsqueda del preciado metal, pero la historia cuenta que regresó

únicamente con sus bolsas llenas de conos de secuoias, las cuales plantó en diversos lugares del noreste de Estados Unidos. Al parecer Leo había descubierto que el famoso horticultor había regresado dos años después a San Francisco, para entonces encontrar al fin una veta de oro en un lugar poco probable, registró el lugar a su nombre, al comprar la propiedad en secreto, e investigó cuanto capital necesitaría para explotarla y al ver que no contaba con el dinero necesario, viajó a México —uno de sus lugares preferidos—, para buscar a un amigo “Pedro Mora,” a quien conociera en uno de sus múltiples viajes. A él le ofrecería compartir su aventura de explotar la futura mina, a cambio de su trabajo y una buena suma de dinero. Pedro era un aventurero que no le importaba mucho el dinero, pues era descendiente de una familia muy acomodada; un clásico “macho” mexicano, muy carismático, que solía tener por lo menos un par de mujeres —completamente perdidas de amor por él— en varios pueblos de los alrededores de Perote. Una cualidad caracterizaba a Pedro: La pasión por buscar lo desconocido y lograr lo que otros creerían imposible. La aventura; el reto y descubrimiento de los secretos ocultos de la naturaleza eran lo máximo para él.

El señor John Portter “senior” llegó a Perote y sin mucho esfuerzo logró entusiasmar a Pedro con el nuevo proyecto del negocio, pero antes de que ellos empezaran la aventura de la apertura de la futura mina, Pedro invitó al señor “Sequoia” a tomarse unas copitas de tequila con unas lindas mexicanas amigas de él. Mister Portter no quiso ser descortés y aceptó la invitación. El resultado fue tremendo, no por la cantidad de alcohol que los dos ingirieron, sino porque cuando llegaron al lugar, una de las chicas —una morenita de cara redonda, nariz delicada, ojos cautivadores y un cuerpo escultural, lo abordó sin rodeos y — sin entender una palabra del inglés del señor Portter— le habló de amor; o por lo menos es lo que el señor “Sequoia” sintió cuando esos labios cerca de él le pronunciaron:

—Dame un beso, güerito.

La noche terminó con ellos en la cama de una de las habitaciones de la casa del abuelo de Pedro —de momento deshabitada—, mientras Pedro y su pareja en turno, siguieron la parranda en la sala de la casa. Aunque la mexicanita encantó al señor Portter desde el primer instante, la aventura no hubiera tenido trascendencia, de no ser porque ella también quedara prendida de él. Ella nunca había sido tratada con tanto cariño; de hecho esa noche marcó un cambio. Ella sintió que no era sólo sexo; él la cautivo con caricias y palabras suaves —que por supuesto no entendió—, pero le llegaron al corazón; y aunque ella había sido una mujer de muchos hombres a su corta edad, este hombre era diferente. Así los dos —Gloria y John— acordaron pasar una semana más en Perote, antes de que él partiera con Pedro. La semana pasó y él no se quería ir, mientras Pedro se empezaba a desesperar por iniciar la nueva aventura. John logró convencer a Pedro y

retrasaron el viaje un mes; durante el cual la unión de la pareja se fortaleció hasta lo más alto de los límites imaginables para cualquier persona. John “Míster Sequoia” no dudó en casarse con ella, aceptando y comprendiendo —sin decir palabra— el pasado de Gloria. El encuentro dejaría a Gloria embarazada para cuando John viajó con Pedro hacia San Francisco.

La mina se abrió y fue debidamente registrada con el nombre de “Portter & Mora” y cuando encontraron la primera veta importante de oro —un año después— John decidió —ya con dinero propio— regresar por Gloria para establecer una familia con ella. Pedro por su parte enamoró a una güerita de la que se dice nunca se pudo separar. ¿Por qué? Al parecer ella le dijo: “Vete por donde viniste” cuando él le lanzó sus primeros piropos de conquista. Ella también agregó: “Si realmente eres un hombre de bien; tendrás que conquistarme primero, y demostrar de lo que eres capaz de hacer por mí.” Ella dejó esto muy claro antes de que le pudiera dar oportunidad alguna. Este reto logró lo que ninguna guapísima mujer nunca lograra. Para cuando John viajó a México en búsqueda de Gloria, Pedro ya se entusiasmaba buscando ideas nuevas y detalles para demostrar el amor hacia una güera desabrida, pero de enorme corazón. John nunca volvió a San Francisco. Tuvo su primer y único hijo “Junior Portter” en casa del abuelo de Pedro, con la mejor partera de Perote.

Junior Portter estaba dormido mientras sus padres festejan en una cena. Míster Sequoia miró a su esposa y le dijo muy emocionado:

—Ya tenemos el futuro asegurado para varias generaciones. En esta carta Pedro me da los últimos números. Al fin somos ricos. Podremos viajar por todo el mundo. Tengo que mostrarte tantos árboles y tantas bellezas — John sonrió—. Brindemos por nuestro futuro. Junior —como Mr. Sequoia hubiera apodado a su hijo desde que nació— será un hombre con todas las posibilidades —chocó su vaso ~lleno de ron~ con el de su esposa, mientras ella lo miraba orgullosa de tenerlo—. Vamos mujer, dime que es lo que quieres y te lo daré ahora mismo —él había aprendido el español con rapidez sin igual.

—Dame tus palabras de amor, en inglés, al oído, al igual que la primera vez...

Él la abrazó y la apretó fuerte —sus ojos se llenaron de lágrimas de amor.

La plática prosiguió mientras “Junior” dormía profundamente en su cuarto. Las copas se vaciaban y se volvían a llenar. John empezó a hablar de los árboles más grandes e impresionantes del mundo:

—Son tan grandes... pero no es tanto el tamaño. Poseen mil almas en ellos; cada una le da fuerza y en determinado momento unas descansan y otras trabajan, contagiándonos a todos con su espacio. Son un ejemplo de la vida... —él estaba acostumbrado a tomar grandes cantidades de bebida sin perder la compostura, pero en esta ocasión pasó ese límite invisible, y sin

que se diera cuenta su cuerpo empezó a enrojecerse en extremo, mientras él, —emocionado—, miró hacia el techo imaginando el espacio que los grandes árboles podrían alcanzar. De pronto él estaba en medio de un cielo oscuro y vio el techo de la casa desde lo alto ~no sabía que se había desprendido de su cuerpo; el cual se había desplomado sobre la mesa como un tronco recién derribado.

—¿Qué te ocurre? —Gloria lo levantó haciendo un gran esfuerzo, pero el cuerpo simplemente estaba sin vida.

Junior Johnny Portter tenía escasos dos años cuando su padre se había desvanecido sobre la mesa.

En los años por venir, Gloria se dedicaría a cuidar de su hijo, educándolo; sin dejar nunca de enseñarle el legado de su padre, el amor por los árboles y la naturaleza. Pedro cuidó de los negocios y cuando “Junior” cumplió la mayoría de edad le entregó la posesión de las acciones de “Portter & Mora,” instruyéndolo en los siguientes años en todos los pormenores del negocio heredado. “Junior Portter” construyó la mansión roja para su madre, escogiendo una ubicación estratégica —única en su clima— entre Puebla y Veracruz. Gloria nunca se volvió a casar. Sus últimos diez años los vivió en la casa roja rodeada de sus amados árboles “Sequoias.” Ella llenó de paz su alma mimando a sus amados árboles; en ellos siempre encontró ese espacio intangible, esa esencia de su amado, “Míster Sequoia.”

Leo tardó cinco años en recopilar toda la información de la bella mansión roja, durante los cuales robó unas ocho casas de pudientes adinerados. Su procedimiento era más o menos ordenado; como el de un ingeniero quien se ha preparado en la secuencia de construcción de un puente o un edificio: Primero haces el plano, con un cálculo de los materiales que vas a necesitar, luego das secuencia de compra, preparación y construcción. Cinco o seis meses eran suficientes para determinar todos los detalles y hacer un atraco perfecto. Al final él se mostraba orgulloso de su trabajo, entonces se daba un descanso, viajando a algún lugar o metiéndose en una biblioteca para estudiar algún tema de interés, como determinada época, o los árboles y su cultivo, o las mujeres... ¡Oh las mujeres y las grandes incógnitas sobre ellas!

Leo resultó ser un niño prodigio desde la edad de tres años. Asombraba a sus maestros mostrando saber más que ellos muchas de las veces. Cuando Leo tenía seis años ya leía más que el adulto promedio universitario. Su madre lo tuvo después de que su presunto novio, no quisiera casarse con ella cuando quedó embarazada. Ella dijo:

—¡Al diablo con él! No lo necesito.

Durante su embarazo ella se sentía extrañamente acompañada, en especial cuando leía. Un día se dio cuenta que alguien la acompañaba.

—¿Quién eres? —preguntó al aire a un costado de ella.

La sangre se le heló cuando ella clarito recibió —sin palabras— la contestación:

“Tu futuro hijo...”

Se levantó de la cama de un salto y buscó el teléfono; tenía que llamarle a su amiga María, o a Carmen; alguien la tenía que escuchar, pero no encontró el teléfono —este estaba bajo un cojín. Regresó a su cama y se dijo en voz alta.

—Estoy muy alterada. Esto no es posible. Yo sé que puedo sentir las pataditas de mi bebé, pero... ¿qué me hable?

Se sentó y con toda calma tomó el libro que tenía entre las colchas.

“Sigue leyendo, esa historia está muy interesante...” —creyó escuchar nuevamente.

Bueno, quizás...

“Sí, soy yo.”

¡Guau...! Bueno, pronto estarás conmigo. Ya vas a nacer... ¡Que no sepa nadie que hablo contigo! Me meterían de inmediato a un manicomio.

“Sigue leyendo...” —escuchó.

De acuerdo —tomó el libro y siguió leyendo. La futura madre disfrutaba de la historia y cuando llegó a una parte muy graciosa empezó a sonreír; pero ella sintió la emoción de la risa abierta justo a su alrededor y soltó una carcajada—. Vaya, esto te está divirtiendo ¿verdad?

Los siguientes días fueron un encuentro con su futuro hijo a través de la lectura; en especial de la lectura de los clásicos de Dickens, Un día ella tomó el cuento “El cántico de Navidad.” Este conmovió tanto a la mujer, que al terminar de leerlo ella pudo escuchar de su hijo una respuesta llena de emociones:

“Llevo mucho tiempo buscando a alguien que me comprenda. Tú eres. Tú eres...”

Ella lloró de emoción.

Te tendré entre mis brazos y te cuidaré por siempre —ella se sintió correspondida recibiendo una ola de emoción de belleza indescriptible.

Al día siguiente nació Leo.

Cuando Leo cumplió siete años su madre tuvo una crisis económica al dejar de recibir dinero de sus padres, pues ellos habían fallecido al incendiárseles su casa. Entonces el niño fue separado de su madre. La maniobra la ejecutó una agencia del gobierno “protectora de la familia” argumentando que: “La madre no podía trabajar y atender ella sola al chiquillo.” Leo fue a parar a un orfanato, donde el trato de sus encargados hacia los niños era cuando mucho considerándolos bultos o estorbos. Leo se refugió durante los años siguientes en la biblioteca; la lectura le daba calma, imaginando una vida distinta y emocionante. Un día se encontró con el clásico cuento anónimo de Robin Hood. Este se le metió entre ceja y ceja, al grado que soñaba con

robarles a los dueños del orfanato. Veía a su madre cada domingo —lo cual le daba gran consuelo—, a excepción de cuando lo castigaban por alguna supuesta fechoría. Para cuando estaba cercano a la edad de poder salir para regresar con su madre se enteró que ella estaba enferma de gravedad. Leo la cuidó durante los siguientes años; trabajando en una librería, pues ahí podía leer a su antojo en los momentos que no había clientes, para entonces regresar en la noche a darle sus medicamentos. Ella se fue consumiendo poco a poco, y durante ese tiempo Leo le leyó, dándole sonrisas y consuelo. De este modo pasaron sus últimos días juntos. En ocasiones ella lo interrumpía pidiéndole que buscara una mujer, que tenía que empezar una familia; ella agregaba que su misión estaba terminada. Él era digno de disfrutar de su propia historia; pero él se negó hasta el final.

Dos días después de la partida de su madre, Leo estaba buscando algún libro que le ayudara a superar la dolorosa pérdida y distraído dejó la caja del dinero abierta. Entró un ladrón y robaron el lugar y para colmo “el jefe” —quien le disgustaba que Leo fuera más inteligente que él, y aparte que leyera en el tiempo de trabajo—, lo acusó de cómplice, pues en el video de la cámara oculta sobre la caja mostraba claramente que Leo había dejado la caja abierta de par en par para después salir caminando hacia los estantes.

Leo fue condenado por complicidad del robo y mandado a una cárcel correccional por delitos menores. Ya estando en este lugar, la historia del famoso Robin Hood regresó a su cabeza, pero en esta ocasión —con el coraje entre las entrañas— estaba decidido a vengarse convirtiéndose en un nuevo Robin Hood. De este modo estudiaría el modo de dar su primer golpe. Su primer atraco sería robar la casa del dueño de la librería, y dejaría una nota después del robo: “Los libros son para leerlos, no sólo para hacer dinero con ellos.”

El joven salió de la prisión a los seis meses por comportamiento ejemplar; obtuvo la ayuda de un abogado del gobierno —a quien él personalmente asesoró, después de meterse a estudiar leyes en los libros de la biblioteca de la cárcel—. Al obtener su libertad, el abogado le ofreció un trabajo como asesor —de inmediato—; después de ver lo inteligente que era, pero Leo lo rechazó sin siquiera pensar en el jugoso sueldo que el bufete le ofrecía. Él sabía muy bien lo que tenía que hacer... ¡Robar! ¡Vengarse!

¿Qué es lo que Leo había perdido? En las noches recordaba a su madre y las historias que leían juntos. Ahora era un ladrón experto y un caritativo protector de las familias, buscando siempre a quien ayudar sin que éste lo supiera. Cuando pensaba en alguna chica imaginaba estar con ella; sus fantasías no eran exclusivamente sexuales, pues contenían muchas escenas de compartir charlas sobre episodios interesantes de la lectura, con risas y apapachos, pero siempre declinaba la idea de verdaderamente buscar a la mujer de sus sueños, al pensar que no sería capaz de meterla en esa vida

fuera de la ley que llevaba.

Ann era una jovencita de diecisiete años que no había podido descubrir aún su belleza. Formaba parte de una familia numerosa; era la tercera en haber nacido, —teniendo dos hermanas más grandes que ella y tres hermanos más pequeños—, se perdía entre las atenciones que sus padres daban a las dos hermanas mayores —pues ellas marcaban las tendencias de las necesidades de la casa—, y sus hermanos que, al ser varones, habían cumplido el anhelo de los padres después de que las tres primeras, habían sido mujeres. Olivia —quien era la mayor de todos— ahora tenía un pretendiente que se quería casar con ella, y sus amigas venían a la casa a platicar de los detalles de “estar enamoradas, los coqueteos, los besos y demás. Sophía, la segunda en la línea descendente, era una intelectual quien guardaba la distancia de su hermana Olivia, pues buscaba a un hombre culto y educado; y aquí estaba Ann, que cuando tuvo su primer período, se llevó un gran susto al verse ensangrentada y con las sábanas manchadas. Su madre se limitó a decir: “Ya era hora de que te convirtieras en mujer” —algo que ella no entendió en el momento—. Este suceso la llevó al remordimiento, ya que desde que los pechos le habían empezado a crecer, soñaba a menudo besándose con un hombre fuerte y varonil —con su torso desnudo— en la parte de atrás de su casa. Sueño que ella buscaba con ansias cuando se iba a dormir, Ann aún no había aprendido a arreglarse, pues nadie en la casa le ponía atención alguna y los consejos y advertencias se concentraban siempre en Olivia o los hermanos. Ann nació un poco más blanca de la piel que sus hermanas y su madre comentó que desgraciadamente había heredado a los abuelos de su padre; desde los dieciséis se puso llenita, con grandes caderas, una cintura acentuada y grandes pechos, sus ojos claros color miel eran hermosos, no siendo muy grandes pero con un toque inquisitivo que —en especial cuando los fijaba en algo interesante para ella— podían derretir el hielo. Las cejas pobladas en el centro y delgadas en los bordes, frente amplia, la nariz ligeramente gruesa y respingada, labios medianamente carnosos, mejillas redondas y el mentón con un toque afilado. Como ella usaba unos gruesos lentes de carey, que su padre le había comprado años atrás, cuando descubrieron que tenía un fuerte astigmatismo y aparte, siempre se peinaba con un fleco que le tapaba una parte el rostro y no sólo eso, desviaba la atención de quienes la miraban. Todos se perdían de la belleza que se escondía detrás de esa fachada.

Las vacaciones de verano habían llegado y la familia Ruiz —a la que pertenecía Ann— decidió salir de la rutina habitual y viajar por el interior de la república. Ernesto Ruiz —el jefe de la familia— alojó a todos en un exclusivo hotel, que se encontraba en medio de un bosque, a escasos dos kilómetros de la mansión roja. Llegó la noche y Ann estaba triste, ya que el día anterior

a la partida ella esperaba que una amiga de la escuela la llamara para invitarla a una fiesta, donde de seguro estarían muchos jóvenes, a los que ella podría conocer; pero su padre —de un momento a otro— les dijo que al día siguiente saldrían “como familia” de vacaciones.

Ann se encontraba aún vestida, pues no tenía deseos de irse a la cama. Se colocó a un lado de la ventana de su habitación; por alguna razón sin importancia, ella había sido la única que se había quedado sin acompañante en su cuarto; ya que éste era muy pequeño, y se ubicaba atrás del hotel, y ninguno de sus hermanos quiso tomarlo.

¿Por qué no puedo estar con mis amigas? —la imagen del beso de aquel hombre que la buscaba en sus sueños, se apoderó de ella. Ann cerró los ojos y disfrutó completamente la fantasía — por primera vez sin estar semidormida. Suspiró mientras el calor invadía su cuerpo, dando un tono de éxtasis etéreo. Abrió los ojos y al darse cuenta de lo excitada que se encontraba, abrió la ventana de la habitación que estaba en la planta baja. El bosque lucía tenuemente iluminado. Inclino su cuerpo hacia el exterior y vio la luna llena en todo su esplendor.

Tengo que refrescarme. Este deseo me está matando —saltó por la ventana y llenó de aire fresco sus pulmones y empezó a caminar. Trataba de controlar sus pensamientos, pero sin darse cuenta caminaba entre los árboles con el sentimiento de ese hombre cerca de ella. robándole la atención. Así llegó a la zona de los enormes “Sequoias.” Ella sentía nuevamente el beso, cuando de pronto fue interrumpida por una luz... una casa... La mansión estaba delante de ella —lo que la obligó confrontar la realidad en la que se encontraba—. La observó con mucho detenimiento, acercándose con suma cautela al porche trasero; sin saberlo Ann había llegado por detrás de la enorme casa, mientras al frente, Leo, esperaba el momento perfecto para entrar y ejecutar el robo tan anhelado.

Leo sabía que al dar las doce de la noche se desconectarían las alarmas por cosa de treinta y cinco minutos, ya que darían el mantenimiento anual a la computadora central que administraba la seguridad de la casa. Él tendría el tiempo suficiente para entrar y llevarse lo que con tanto cuidado había planeado. Era la primera ocasión en la que él no entraría por dinero o valores. Ahora era diferente.

Leo buscaba un manuscrito aparentemente original que confirmaba quien había sido Robin Hood; pues al parecer había sido escrito en puño y letra por él mismísimo Robin Hood. Después de la muerte de “Johnny Portter Junior” la mansión roja había pasado a manos de uno de los dueños de las grandes editoriales inglesas, y siendo este hombre un excéntrico coleccionista, quien había asegurado en una entrevista tener tan valioso documento.

Ann caminó hasta la puerta trasera; una curiosidad enorme la invadió. Eran

las once con cincuenta y nueve minutos. Tomo la manija y la giró. *No tiene llave* —pensó—. *No, no debería entrar. No es mi...* —dudó, y retiró su mano por un momento, pero su curiosidad por conocer el interior de una casa tan hermosa le ganó, y cuando los relojes de las lejanas computadoras centrales marcaban las doce, ella abrió la puerta y entró.

Leo, en cambio, esperaba pacientemente a que dieran las doce con cinco minutos, para estar seguro de que las computadoras centrales ya hubieran sido desconectadas para el mantenimiento anual.

Ann entró y prendió su celular para ver con la luz que éste emanaba; miró sorprendida la elegancia del lugar. Algo en su interior le decía que le era “familiar.” Dos minutos después descubrió una biblioteca en una enorme sala, y sin pensarlo se recostó en un gran sillón y cerró los ojos. Leo entró por la puerta principal, mediante su ya experto uso de ganzúas, y con toda la calma se dirigió a la biblioteca —donde el recordaba haber ubicado la caja fuerte en una fotografía robada de los planos del lugar—. Ann se desprendió nuevamente de la realidad y aquel villano del beso apareció frente a ella cuando un ruido en el piso — tan silencioso como el del su querido gato— la hizo abrir los ojos de un golpe y levantarse del sillón. Leo volteo a ver lo que ocurría. Los dos se miraron y dijeron al unísono:

¡Ay! —los dos dieron un salto del susto.

—¡Perdón! — dijo ella. Yo sólo...

—¡Le juro que yo no le haré nada señorita! Yo... —dijo él alejándose del lugar donde se encontraba la caja fuerte. Buscó el interruptor y prendió la luz.

—Es que la puerta estaba abierta y su casa es tan bonita que... —dijo Ann acercándose a él para dar la disculpa.

Leo —quien portaba un traje negro de piel para evitar ser notado en la oscuridad— se quedó todo desconcertado al escucharla. Nunca pensó que algo así pudiera suceder, después de hacer el plan perfecto para el hurto más elaborado de su historia, que le había tomado cinco años en total. Pero siendo mucho más rápido de pensamiento que el promedio normal de la gente, analizó a mil por hora lo ocurrido y preguntó; aunque en esta ocasión se equivocó:

—¿Vienes por el dinero, verdad?

Ella se quedó muda.

—Yo no entré por el dinero —él continuó—, yo sólo quiero un documento. Tú quédate con el dinero, pero yo me llevo el papel... —ella estaba totalmente confundida—. Pero no me mires así. Tú sabes que las computadoras y las alarmas se prenderán en unos minutos...

Ann se perdió entre lo que él acababa de decir y el parecido inexplicable que este hombre tenía con el hombre de sus sueños, y no hizo más que admirarlo mientras daba unos pasos hacia él para confirmar que ahora no era un sueño. Leo pudo verla de cerca. Ann no traía sus horribles lentes y en esta ocasión traía su cabello de forma distinta, suelto y sin fleco. Sus ojos

brillaron y las mejillas sonrojadas, mostraron una dulzura exquisita, lo cual lo aturdió por completo.

—Eres tú —Ann le dijo e menos de un metro frente a él.

—¿Qué? ¿Acaso me conoces?

—Sí, eres tú —dio el último paso y lo besó. Leo encontró un mar de sensaciones únicamente imaginadas en las lecturas de sus libros; pero la experiencia superaba todas ellas. Ann lo envolvió en sus brazos y acarició su espalda. Él reaccionó con un torbellino de caricias.

—Hazme el amor —le susurró ella al oído.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Y el robo? —Leo apenas pudo mirar su reloj; quedaban diecinueve minutos cuando ella lo jaló hacia la alfombra y le quitó la camisa.

Los besos y las caricias unieron a la pareja en una fusión de emociones fuera de este mundo. El encuentro consumió diecisiete minutos, dejando a los dos completamente inmóviles. Después, los dos se miraron fijamente a los ojos.

—No sé quién eres, pero sin duda quiero estar contigo toda la vida —afirmó Leo.

—Yo también. Me llamo Ann, y no soy una ladrona.

—Yo me llamo Leo ¿Te gusta leer?

—Me gusta leer un poco, pero tú me gustas más y me puedes enseñar si gustas. ¿Cómo que eres un ladrón?

Las palabras le hicieron recordar que las alarmas se prenderían en cualquier momento; Leo miró su reloj —éste indicaba que faltaban veintiocho segundos para la hora señalada; tomó los jeans y la blusa de Ann y se los puso en las manos.

—En unos segundos se prenderán los videos. ¡Vámonos!

Ann alcanzó sus zapatos y se resbalo al jalar su sostén y un calcetín —el otro lo traía aún puesto.

Leo la alcanzó a detener, impidiendo que se cayera —dejando caer la ropa que tenía entre las manos.

—Cuidado linda. ¡Corre! —miró nuevamente el reloj. Faltaban veintidós segundos. Tomó de nuevo la ropa, agregando los zapatos de los dos—. ¿Tienes todo?

—¡No! Perdí otra vez mi calcetín...

Leo se agachó para buscarlo debajo del sillón, pero no lo vio.

—¡Déjalo! ¡Ya! —dirigiéndose a la puerta trasera que quedaba más cerca. Ann lo siguió. Cruzaron la puerta y Leo la cerró. Dieron varias zancadas por el pasto y ella se detuvo en seco. Leo se detuvo y volteó a verla.

—¡Olvidé mi celular! —dijo Ann alarmada.

Leo miró el reloj. Faltaban once segundos para la hora señalada y en fracciones de segundo —mientras corría de regreso— calculó, que ese tiempo apenas sería suficiente para entrar y salir, con quizás un margen de

uno a dos segundos de más —él solía tomar el tiempo de cada uno de sus pasos como una rutina—; solo una duda cruzó por su mente al entrar de nuevo a la casa: ¿Tendría tiempo suficiente para encontrar el teléfono? Prendió nuevamente la luz y como un halcón identificó el aparato a un lado de un cojín. Se estiró y lo tomó tan rápido como pudo para después correr hacia la salida. Tengo que apagar la luz —pensó en medio del torbellino de sus movimientos, y jaló el interruptor—. Al cruzar el umbral y cerrar la puerta su reloj marcaba dos segundos más del tiempo fijado; más no se encendió la alarma. Corrió hasta Ann —quien se encontraba al borde de los enormes secuoyas—. Leo se detuvo frente a ella con la respiración agitada y la miró.

—Creo que todo está bien —dibujando una sonrisa en su rostro.

Ella lo abrazó —ambos seguían desnudos—. El miedo de que se prendiera la alarma le impidió hacer cosa alguna que esperar mirando con angustia lo que pasaba—. Leo miró su reloj —los números indicaban que la hora indicada se había sobrepasado. En el centro atención de las computadoras centrales se había terminado el servicio de mantenimiento y las funciones de alarma se encendieron. Una a una, en fracciones de segundo, las zonas vulnerables de la casa se fueron checando, y al tocar la sala de la biblioteca una luz roja empezó a tintinear. El sistema tenía un monitor térmico en cada lugar de la casa, el cual detectó una diferencia marcada entre la temperatura de todas las habitaciones con la de la pequeña biblioteca. La alarma se encendió mandando una señal a la central de policía asignada para la mansión, mientras una sirena se encendía en la casa roja.

—¡Con un demonio! ¿Qué pudo ser? —expresó Leo con enfado—. Ponte tu ropa, tenemos que irnos lo más rápido posible.

—Claro —Ann obedeció mientras el miedo a lo desconocido en esta situación la devoraba.

Los dos pasaban debajo de los enormes secuoyas cuando escucharon un helicóptero acercarse al lugar...

Minutos más tarde los dos se encontraban en la habitación de Ann.

—¿Cómo es que eres un ladrón? Le dijo Ann colocándose sus lentes. No quiero tener un esposo fuera de la ley.

—Espera... ¿Esposo...? Si no nos conocemos. ¿Quién eres tú?

—¿Qué, acaso... después de que me entregué a ti para que me robaras todos mis secretos, como ladrón que eres, no me he convertido en tu mujer por derecho propio?

Leo la miró fijamente —inquieto por notar la diferencia, quitó los lentes de su cara, apartando sus cabellos para dejar el rostro en pleno, con sus ojos inquisitivos llenos de vida—. *Ella es única. Tiene todo lo que necesito saber. Si esto está diciendo ahora, será capaz de dar todo por mí... Tiene razón* —pensó sonriendo ante ella que esperaba la respuesta inquieta.

—Sí, nos casaremos, pero necesito saber un poco de ti... pero no puedo

dejar de ser un ladrón; pues te robaré una y mil veces.

Ann se acercó y lo besó con tal pasión, que el encuentro terminó entre las sábanas, con palabras entre cortadas por los jadeos, pues ella quiso saber —en medio de una excitación llena de besos— los detalles sobre el pasado de su amado fuera de la ley. Él le contó todo sin reservas, descubriendo el mismo tiempo que ella nunca había sido valorada en su familia; tan sólo era la hija de “en medio.” Leo juró no robar más propiedades nunca más y ella prometió apoyarlo sin reservas.

Así iniciarían lo que sería una relación tan profunda y emocionante que dejaría huella para la posteridad.

Leo se convirtió en el dueño de una librería con foros de lectura y escritura; siendo un líder aclamado por sus aportaciones a la cultura, mientras que Ann dejó de ser una niña de “en medio,” ya que Leo, después de haber descubierto la gran belleza física que Ann poseía —peinando el bello cabello ondulado que tenía y dejando ver plenamente su rostro, al quitar esos viejos y feos lentes—; indujo a que ella se descubriera a si misma, como un mujer imponente y hermosa, que marcaría las tendencias de la moda. Ella entró en el negocio del diseño de ropa y atuendos de belleza, enfocándose principalmente hacia las jóvenes “aparentemente sin atractivo,” logrando un éxito rotundo en el comercio.

Leo y Ann recordarían por siempre esos momentos del “deseo” que cambiarían para siempre su destino.

Otras obras de José Antonio Arjonilla

Ficción:

“Todo por un amor”

“Identidades perdidas”

“Insomnio y obsesión”

“Amor entre lunas”

“El engaño”

Historias cortas:

“La dama del Horizonte”

“Ella entre las redes”

“La nota”

“Con espíritu”

“La vida es bella”

No ficción:

“El arte de crear impacto”

“Al sabor de contar la historia”